

Inclinó la cabeza con dignidad un tanto fría y salió al pasillo, mientras que, de pie en la puerta, el guarda-general miraba la esbelta silueta negra perderse en la penumbra; la señora de Lebreton se había recogido ligeramente la falda, y se distinguían, entre la blancura del volante guarnecido de negro, los tacones altos con que dos pies pequeños golpeaban los peldaños de madera; luego al volver la escalera, la elegante visión se desvaneció.

41

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO" 1926  
Apto. 1626 MONTERREY, MEXICO

## III

— Señor Rector — dijo la señora de Lebreton.  
— Pedro va á servir á usted crema de chocolate...  
Es una especialidad de mi cocinera.  
— Gracias, señora, no la acepto.  
— ¡ Por espíritu de mortificación ! — exclamó,  
riendo ruidosamente, el Recaudador de contribu-  
ciones. — Nuestro párroco se prohíbe los dulces.  
— Mi estómago me los tiene prohibidos—contes-  
tó el Padre Cartier — pero no les impongo la misma  
abstinencia á mis feligreses... Pedro — añadió,  
con sonrisa maliciosa — sírvale al señor Recau-  
dador.

30927

— ¡ De ningún modo ! ¡ No puedo más ! — declaró el aludido, volviendo bruscamente el plato vacío sobre el mantel.

Aquella manera campechana y ordinaria de rehusar, divirtió á las señoras, que se miraron de soslayo y sonrieron con disimulo, mientras que, en el otro extremo de la mesa, la Recaudadora se ruborizaba ante la rusticidad de su marido. La señora de Lebretón también sonrió discretamente, y su mirada, por encima del florido ramillete que exornaba el centro de mesa, se encontró un momento con la de Francisco Pommeret, sentado en frente, entre la esposa del notario y la señorita Irma Chesnel, hermana de la Administradora de Correos.

Era la primer comida que Adriana ofrecía desde que enviudó; durante doce meses había vivido encerrada en rigurosa soledad; pero, al celebrarse en Junio el aniversario del fallecimiento del señor Lebretón, consideró que ya le era lícito romper la reclusión y reanudar las comunicaciones interrumpidas con el mundo. Abrió sus salones y entre los visitantes más asíduos y mejor recibidos, se destacó, entre los comentarios del pueblo, el nuevo guarda-general. A este primer banquete fueron invitadas las personas princi-

pales de Auberive, y, naturalmente, Francisco Pommeret figuró entre los comensales.

Se había llegado á los postres, á ese agradable momento en que aun no ha comenzado la digestión y en que el cerebro se excita, la charla brota, las mejillas se tiñen de rosa y los ojos se brillantan. Los vinos generosos, escanciados con moderación, contribuyeron á avivar el ingenio de los comensales.

Pedro, vistiendo librea negra, y una diligente camarera, servían la mesa, caminando, sin ruido sobre las alfombras que cubrían el piso. Acababan de encenderse las luces; por las ventanas abiertas penetraba suave brisa embalsamada con olores de heno recién segado; en la lejanía se alzaba el sordo rumor del pueblo, que parecía asociar los ecos de su vivir al murmullo de la conversación más y más animada de los convidados.

La esposa del Recaudador, al contrario que su marido, se sirvió postres dos veces; no estaba acostumbrada á semejantes festines, y tomaba el desquite de las privaciones diarias. El Recaudador recordaba haber ofrecido á sus cuatro hijitos llevarles alguna cosilla, y, á fuer de buen padre, saqueó los platos y bandejas de postres, relle-

nándose de dulces y de bombones los bolsillos de la levita. La mujer del notario hacía que el juez municipal le explicase las reglas del dominó entre cuatro personas; Francisco Pommeret hablaba poco, pero saboreaba voluptuosamente aquella atmósfera de bienestar. El lujo de la mesa, el perfume de las rosas, la áurea claridad de las lámparas, la fragancia exquisita del rancio Borgoña que circulaba en botellas polvorientas, tendidas en cestillos de plata, todo, en fin, le hablaba del ideal de vida que siempre acarició, y todo le producía satisfacción intensa.

Después de recrearse contemplando las flores, detenía la mirada, audaz y satisfecha, en el rostro expresivo y distinguido de la dueña de la casa. El traje de Adriana Lebreton, aun siendo negro y severo, no estaba exento de coquetería; rico encaje antiguo de Venecia, le adornaba el corpiño; al cuello llevaba un lazo blanco; no lucía joyas, y el cabello, sencillamente peinado en *bandós*, formaba marco al óvalo prolongado de la cara, iluminada, por el fuego sombrío de las pupilas castaño-oscuros. Es más que probable que si Francisco hubiese conocido á la viuda un año antes, en la ciudad en que estudió la carrera, allí donde no escaseaban mujeres lindas, hubiera

permanecido indiferente al ver á esta señora algo austera y algo marchita, y la hubiera encontrado falta de juventud y de lozanía. Pero, cinco meses de estancia en Auberive, lo habían hecho menos delicado de gusto. El fondo gris y vulgar sobre el cual sobresalía la señora de Lebreton, resultaba, maravillosamente adecuado para realzarla; se destacaba en medio de aquella burguesía rural de igual modo que el espléndido edificio de la Mancienne entre las humildes y mezquinas casas del pueblo. Poco á poco, por efecto de la costumbre y por falta de términos de comparación, Francisco fué descubriendo en Adriana matices delicados llenos de encanto y bellezas discretamente disimuladas; y de esto resultó un sentimiento de ternura extraña, formada por la curiosidad y por el deseo.

El guarda-general apenas si apartaba los ojos de la señora de Lebreton. Ya los paseaba desde el corpiño, discretamente abultado, hasta los cabellos retorcidos en gruesas trenzas sujetas por una peinecilla de acero; ya los dirigía siguiendo el modelado de los esculturales brazos, hasta llegar á las manos aristocráticamente afiladas; ya los dejaba mariposear en rojos labios entreabiertos y en los blanquísimos dientes; ya, en

fin, los clavaba buceando en las profundidades de las ojerosas pupilas.

Tan absorto se hallaba en la contemplación, que sólo respondía maquinalmente á las preguntas de su vecina la señorita Irma Chesnel. Esta joven-cita, harta del celibato, soñó siempre con casarse con alguno de los empleados que el Gobierno envía á Auberive y que llegan y se van como aves de paso. Actualmente se proponía conquistar al guarda-general con el cual intentaba coquetear desde que sirvieron la sopa. La copa de *champagne* que acababa de beber, le produjo un aumento de locuacidad y de sentimentalismo, y le hizo charlar, en lenguaje novelesco, de los encantos de la soledad, de las florecillas del bosque y del murmurio de los arroyuelos.

— Cuando usted ha elegido esa poética carrera de amor á los árboles — exclamó suspirando — es porque de seguro siente entusiasmo hacia el campo... ¿No es verdad, caballero?

Ocupadísimo en mirar la sombra que proyectaban las largas pestañas de Adriana sobre el cutis mate, Francisco escuchó, como un zumbido confuso, la pregunta de Irma; al verla mojar los labios en la copa de *champagne*, se equivocó

respecto al sentido de sus palabras y contestó distraídamente :

— De ningún modo, señorita ; jamás bebo.

La joven, admirada, alzó la cabeza y mirando en la misma dirección que su vecino, se encontró con que éste se hallaba fijo en Adriana. Se mordió los labios y comprendió la causa de aquella contestación de pie de banco.

Otro comensal había notado, también, la complacencia con que Francisco detenía la vista en la señora de Lebretón. Este observador era el señor Cura. Con inquietud recelosa seguía los movimientos del guarda-general. Sus ojillos negros, hundidos en las órbitas, espiaban silenciosamente á los de Pommeret, y la expresión del rostro del sacerdote, picado de viruelas, revelaba el escándalo que sentía ante aquella contemplación, en la cual ya creía ver pecaminosa concupiscencia.

Las conversaciones seguían animándose. El diapason de las voces se había elevado.

— Usted tiene siempre que fijarse en el juego de su compañero — decía el juez á la esposa del notario — y no tapparle la ficha que coloque...

— Casi nunca la vemos á usted por el taller — exclamó Irma, dirigiéndose á la mujer del Recaudador.

— ¡ Qué quiere usted ! Cuando se tienen cuatro hijos, ya hay tarea bastante con componer la ropa que destrozan... Me paso el día entero tirando de la aguja.

Los racimos de cerezas rodaban sobre el mantel, los tazones de fresas y de frambuesas, pasaban de mano en mano desocupándose ; fragancia de frutos maduros llenaba el comedor.

— ¡ Bueno ! ¡ Todo riquísimo ! ¡ Superior ! — gritaba el Recaudador, frotándose la barba con la servilleta.— ¡ Convenga usted, señor Cura, en que comer bien no es pecado !

Sin responderle y sin apartar la vista del guarda-general, el párroco se inclinó hacia la dueña de la casa, murmurando :

— Creo, señora, que sería obra de caridad poner término á las efusiones de mi vecino.

La señora de Lebretón se levantó y tomó el brazo del notario. Crujieron las sillas, al ser retiradas bruscamente. Todos se pusieron de pie ; abrió Pedro una puerta de par en par, y los invitados pasaron al salón, donde el café estaba servido.

El Rector y Pommeret se encontraron al llegar á la puerta.

— Señor guarda-general — dijo el sacerdote, con acento irónico, — mi biblioteca continúa

siempre á la disposición de usted... pero se me figura que no quiere abusar de ella.

— Dispéñeme, señor cura — replicó Francisco ruborizándose ante la mirada escrutadora del párroco — desde hace algunos meses apenas tengo tiempo para leer.

— ¿ Está usted muy ocupado ?...

— Sí, señor cura ; bastante ocupado.

— ¿ De veras ?... Había oído decir que las ocupaciones forestales, en esta época, dejaban muchas horas de descanso,

— Es un error — contestó secamente el guarda-general.

— ¡ Vaya ! ¡ Pues más vale así ! murmuró el presbítero ; y, añadió, mordiéndose los labios : — De cualquier modo, cuando esté menos ocupado, acuérdesese de que puede disponer de mis libros... Tengo elegidas las obras de algunos Santos Padres, y estoy seguro de que su lectura interesará á usted.

— ¡ Gracias ! ¡ Muchísimas gracias, señor cura ! — ¡ Este diablo de hombre se burla de mí ! pensó Francisco Pommeret, dirigiéndose hacia el velador en el cual, la señora de Lebretón, auxiliada por la señorita Irma Chesnel, ofrecía café y licores á los convidados.

El Recaudador, sentado en una butaca, daba vueltas á la cucharilla dentro de la taza, y soplaba ruidosamente para enfriar su café. El juez, uniendo la práctica á la teoría, había llevado á la esposa del notario ante una mesita de juego y organizaba con el notario y la recaudadora una partida de dominó entre cuatro. El guarda-general, con un codo sobre el piano abierto, miraba á la señora de Lebretón ocupada en servir á los contertulios. Inclínada ante el velador, levantaba la cafetera de plata y llenaba las tazas. Colocada así, con el cuello doblado, un brazo en alto y dejando ver, entre los pliegues de la falda, una botita de seda negra, ofrecía á la contemplación desde la nuca, en la cual se arrollaban algunos bucecillos negros, hasta el pie, un conjunto de líneas elegantes, sobriamente onduladas, que el joven examinaba con curiosidad. Cuando todos estuvieron servidos, Adriana se sentó en un diván, al lado de la señorita de Chesnel que paladeaba lentamente una copa de marrasquino.

— Querida señora — dijo Irma, señalando al piano abierto, — ¿ nos obsequiará usted con un concierto?... La música me encanta, sobre todo la música brillante. Cuando las manos recorren el teclado y se cruzan... ¡ da gusto oír!

— Dispéñeme — contestó Adriana — hace mucho tiempo que no estudio y habré perdido mecanismo y agilidad. Pero si desea usted oír buena música, pida al señor Pommeret que se siente ante el piano... Creo que tiene verdadero talento artístico.

No era precisamente esto lo que buscaba Irma, que había contado con acaparar al guarda-general mientras la señora de Lebretón hubiese ocupado el piano; pero, como no quedaba otro camino, unió su ruego al de Adriana.

— Con muchísimo gusto — murmuró Francisco, inclinándose ante la dueña de la casa.

Tomó asiento en el taburete, abrió un cuaderno de sonatas de Mozart y preludió algunos acordes. Al sonar las primeras notas, el Párroco, que se acostaba invariablemente á las diez, se apresuró á levantarse, saludó en silencio y se retiró, con el sombrero de teja bajo el brazo.

Francisco Pommeret no había vuelto la cabeza. Había comenzado la sonata en *la*, y ponía empeño especial en ejecutarla expresivamente. Era un buen aficionado y sabía lucirse. Las notas suaves y acariciadoras de la música de Mozart, mariposeaban aladas y ligeras en el salón. La señora de Lebretón, vuelta hacia el piano, recostada levemente sobre